

**ARQUITECTURA
SIN
ARQUITECTOS**

Una breve introducción a la arquitectura sin pedigrí

Bernard Rudofsky

NOTA DE LOS EDITORES

Si bien los originales de las fotografías que componen esta obra maestra se han perdido —o no hemos sido capaces de encontrarlos, lo cual, a efectos prácticos, viene a ser lo mismo—, hemos decidido que este estimulante libro debía ser publicado en español.

La máxima de «a partir de un mal original no puede obtenerse una buena copia» es implacable, pero aun así hemos trabajado para ofrecer las fotografías en su mejor versión posible.

Sirva esta nota como advertencia de las limitaciones de calidad que el lector puede encontrarse, y que no se deben a un error de imprenta o a un trabajo de edición descuidado.

AGRADECIMIENTOS

El Departamento de Exposiciones Itinerantes del Museo de Arte Moderno de Nueva York, auspiciado por su Consejo Internacional, encargó la exposición *Architecture Without Architects* [Arquitectura sin arquitectos], que se exhibió en dicho museo del 9 de noviembre de 1964 al 7 de febrero de 1965. Su autor, asesor del Departamento de Arquitectura, organizó y diseñó la exposición y la publicación complementaria.

La Fundación John Simon Guggenheim Memorial y la Fundación Ford colaboraron en la financiación del proyecto mediante la concesión de becas de investigación al director de la exposición, para que llevara a cabo un estudio de la arquitectura no formal y no clasificada. De no ser por la entusiasta recomendación de los arquitectos Walter Gropius, Pietro Belluschi, José Luis Sert, Richard Neutra, Gio Ponti, Kenzo Tange y el director del museo, René d'Harnoncourt, todos ellos originarios de países ricos en arquitectura vernácula, esas becas quizá no se hubieran concedido.

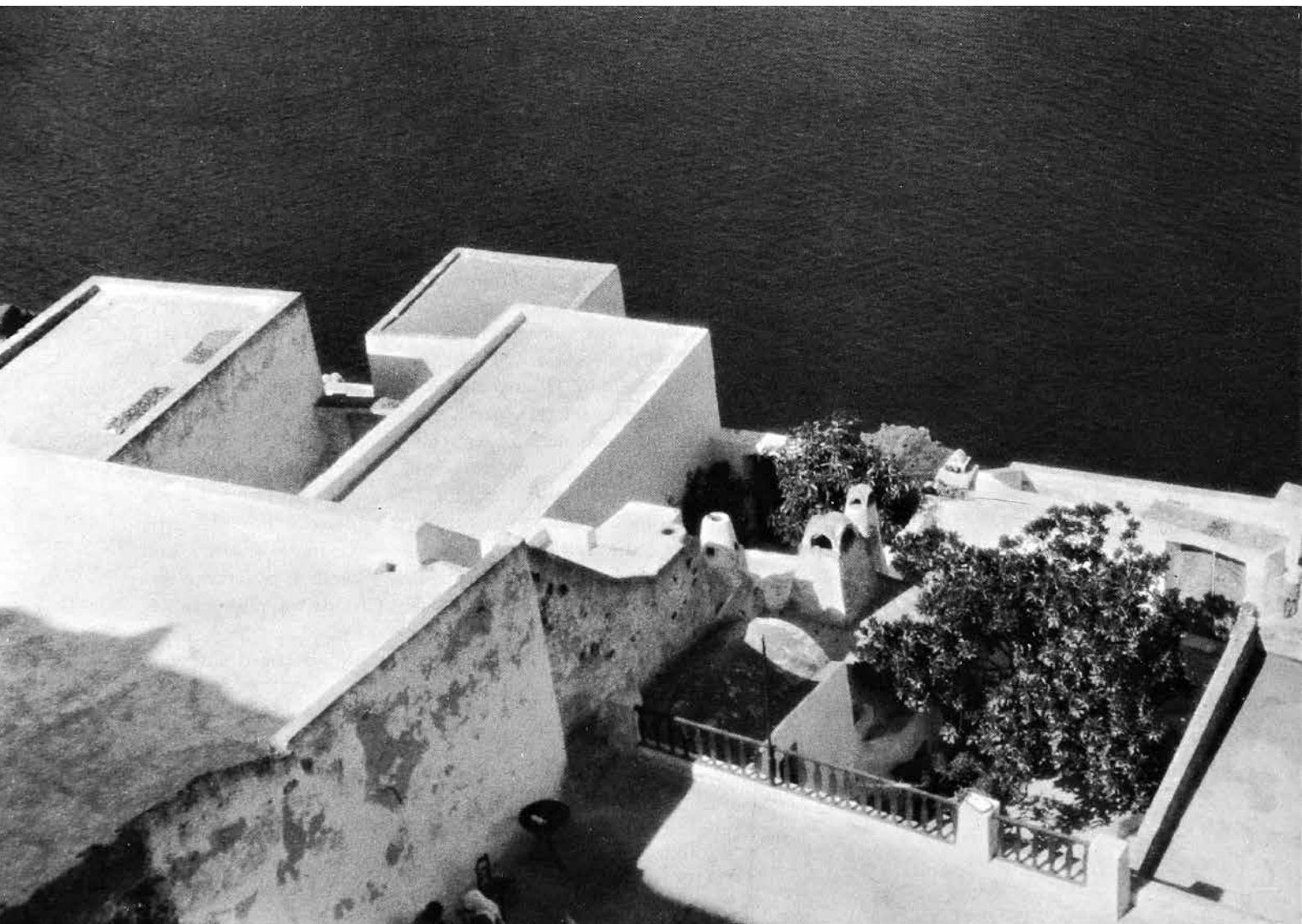
Mis más sincera gratitud a todas las personas, demasiado numerosas para citarlas, que participaron en este proyecto. Me gustaría expresar un agradecimiento especial a Renée Heyum, del Museo del Hombre de París; a Ruth M. Anderson, de la Sociedad Hispánica de América en Nueva York; al personal del Instituto Frobenius de Fráncfort y al doctor Myron B. Smith, de los Archivos Islámicos de Washington D. C. Ellen Marsh ayudó en la investigación y demostró tener una paciencia ejemplar. Los créditos de las fotografías, muchas de ellas generosamente donadas, aparecen en el listado de la última página.

Bernard Rudofsky

La arquitectura vernácula desconoce los ciclos de la moda. Es prácticamente inmutable; de hecho, es inmejorable, porque cumple su cometido a la perfección. Por lo general, el origen de las formas de edificación y los métodos de construcción se pierden en la noche de los tiempos.

Abajo: Casas típicas de la zona mediterránea.

I



PRÓLOGO

La historia de la arquitectura, tal como se ha escrito y enseñado en el mundo occidental, solo se ha interesado por algunas culturas selectas. En términos de espacio, ocupa una pequeña porción del mundo —Europa, partes de Egipto y Anatolia— o poco más de lo que se conocía en el siglo II. Además, solo se ocupa de las últimas fases de su evolución. Al saltarse los primeros cincuenta siglos, los cronistas nos muestran un desfile de gala de la arquitectura «formal» tan arbitrario a la hora de presentar el arte de la construcción como, digamos, fechar el nacimiento de la música con la llegada de la orquesta sinfónica. A pesar de que la escasez de monumentos arquitectónicos explica, aunque no disculpa, la exclusión de esas primeras fases, el enfoque discriminatorio de los historiadores se debe mayormente a su mentalidad provinciana. Además, la historia de la arquitectura tal como se conoce es igual de tendenciosa en el plano social. Se limita a un listado de arquitectos que conmemoraron el poder y la riqueza; una antología de edificios de, por y para los privilegiados —las casas de los dioses verdaderos y falsos, de los príncipes mercaderes y de los príncipes de sangre— que jamás menciona las viviendas del pueblo llano. Esa preocupación por la arquitectura noble y por la nobleza arquitectónica que excluye a todas las demás podría haberse entendido hasta hace una generación, cuando las reliquias y las ruinas de los edificios antiguos eran el único modelo de excelencia del arquitecto (del que se servía habitualmente y según le convenía), pero en la actualidad, cuando la copia de formas históricas disminuye y los bancos y estaciones ferroviarias ya no necesitan parecer oraciones en piedra para inspirar confianza, esas limitaciones voluntarias parecen absurdas.

Arquitectura sin arquitectos intenta echar por tierra nuestros limitados conceptos sobre el arte de la construcción introduciéndonos en el desconocido mundo de la arquitectura sin pedigrí. Es tan poco conocido que ni siquiera podemos darle un nombre. A falta de una denominación genérica, la llamamos vernácula, anónima, espontánea, indígena, rural, dependiendo del caso. Por desgracia, nuestra visión del panorama global de la arquitectura anónima está distorsionada por la escasez de documentos, visuales o de cualquier otro tipo. A pesar de que estamos razonablemente bien informados de los objetivos artísticos y de la competencia técnica de los pintores que vivieron treinta mil años antes que nosotros, los arqueólogos se consideran afortunados cuando encuentran vestigios de un poblado que se remonta solo al tercer milenio antes de Cristo. Puesto que la duda sobre los inicios de la arquitectura no solo es legítima, sino que está íntimamente relacionada con el tema de la exposición, resulta apropiado aludir, aunque sea someramente, a sus posibles orígenes.

Para los países que juran sobre ella, la Biblia es un libro de referencia incomparable. Por desgracia, el rigor de las Sagradas Escrituras en cuestión de arquitectura resulta desconcertante cuando leemos que Caín, hijo de Adán, construyó una ciudad que bautizó con el nombre de su hijo Enoc (Génesis 3, 17). Una ciudad unifamiliar, por encantador que parezca, es una iniciativa ciertamente extravagante y sin duda no volvió a repetirse a lo largo de la historia. De probar algo, ilustra el extraordinario avance que se consiguió, en una sola generación, de la bendita vida en un paraíso bien abastecido al exasperante y complicado organismo que es la ciudad. Para los escépticos que tildan Enoc de quimera, el Arca tiene mucho más sentido, sobre todo porque el Señor la encargó y se construyó según sus especificaciones. La cuestión de si el arca debería considerarse edificio o embarcación es redundante. El arca no tenía quilla, pues la quilla fue un invento posterior y podemos asumir, sin riesgo a equivocarnos, que los barcos todavía no se conocían, puesto que



2

Habitantes de los árboles en Norteamérica. La imagen del desalojo proviene de *Lustgarten*, de Erasmus Francisci, 1668.

su existencia habría frustrado el objetivo del diluvio. Cuando Noé desembarcó en el monte Ararat tenía 601 años y ya no era un jovencito. Decidió dedicar el resto de su vida a la viticultura y dejó la tarea de edificar a sus hijos. La Biblia menciona las cabañas de Sem (Génesis 9, 27) —seguramente construidas con madera del arca—, pero el declive de la arquitectura estaba sellado.

El descreído que prefiera recurrir a la ciencia para averiguar el origen de la arquitectura habrá de tragarse hechos indigeribles, ya que, al parecer, mucho antes de que el primer hombre doblara ramas para hacerse un techo por el que se colaba la lluvia, muchos animales ya eran unos constructores consumados. Resulta poco creíble que los castores se inspiraran en los constructores humanos de presas para confeccionar las suyas. Seguramente fue al revés. Lo más probable es que el hombre decidiera construir refugios al ver los de sus primos, los monos antropomorfos. Darwin observó que los orangutanes de



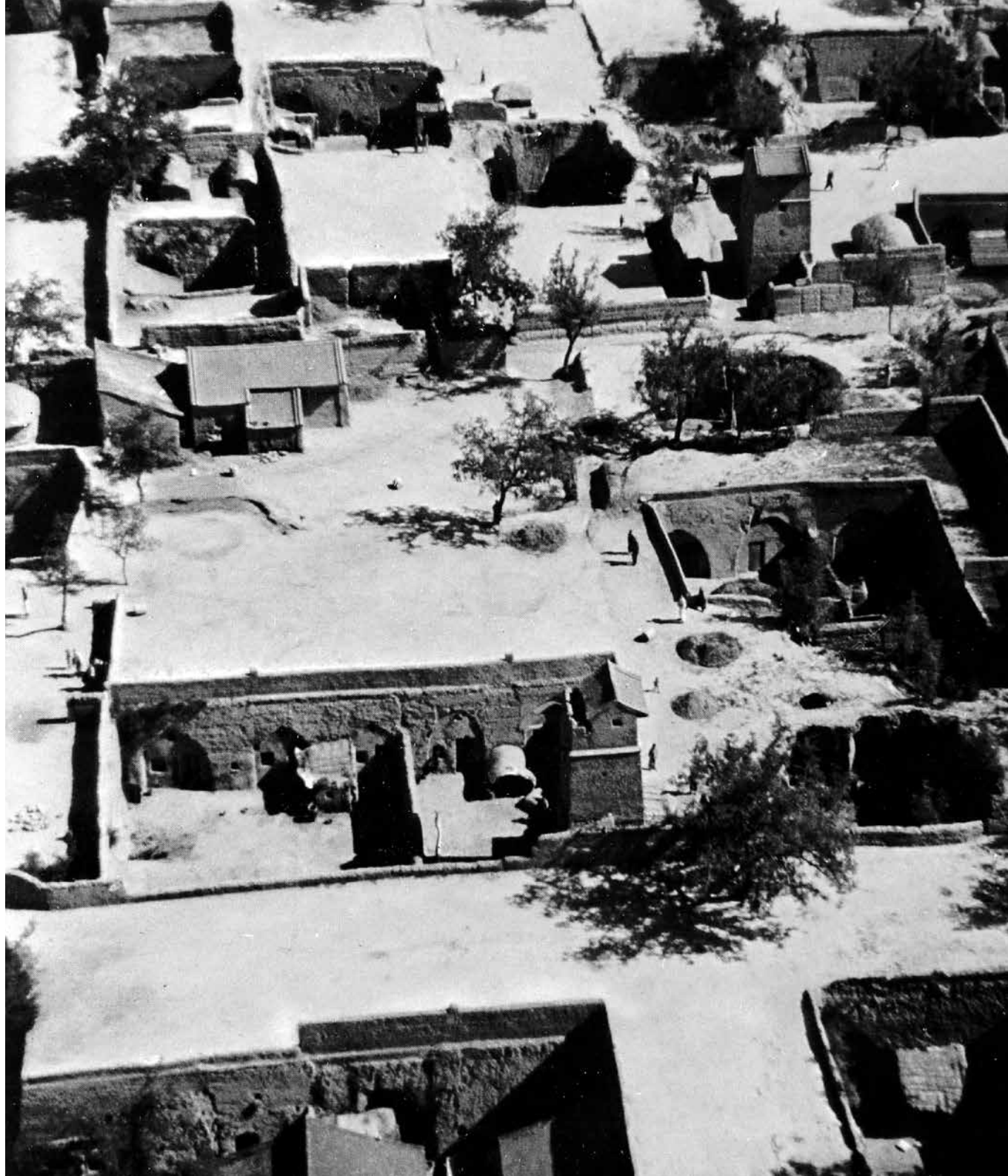
LOS ANFITEATROS DE MUYU-URAY

El continente americano cuenta con arquitectura anónima a escala monumental, desconocida tanto para el profano como para el estudioso. En Perú, a mitad de camino entre Cuzco y Machu Picchu, hay un antiguo centro dramático sin igual en el mundo. Lo construyó la tribu inca maras y está compuesto de cuatro teatros redondos y uno con forma de herradura. Como era de esperar, la acústica de todos ellos es excelente.

Los elementos han erosionado el contorno de estas obras arquitectónicas y el lugar se ha transformado en campos de pastoreo y labranza. Sin embargo, la estructura básica se ha conservado relativamente bien. El mayor de estos teatros —probablemente instalado en el cráter formado por un meteorito— tenía capacidad para sesenta mil personas y todavía cuenta con doce de sus terrazas, de dos metros de altura por siete de anchura. La plataforma circular más baja de los cuatro teatros, que equivale a la orquesta griega, va de los veinticuatro a los cuarenta metros. Unas tuberías de agua de treinta centímetros de anchura, talladas en monolitos de piedra, transportaban el agua de los arroyos de un pico cercano.

A pesar de que se desconoce qué tipo de espectáculos se representaban, podría suponerse que las pruebas atléticas —boxeo, salto, carreras y espectáculos con animales— superaban a las representaciones teatrales propiamente dichas. Los arqueólogos peruanos creen que la «indescriptible belleza» del paisaje (a unos 3600 metros sobre el nivel del mar) fue uno de los factores que inspiraron tan imponente empresa. De momento, el lugar todavía no ha sufrido los estragos del turismo.





VIVIENDAS ABAJO, CAMPOS ARRIBA

Los pueblos y ciudades subterráneos de la meseta china de Loess representan una de las soluciones más radicales en el ámbito de la vivienda. El loess está compuesto por sedimentos transportados y depositados por el viento. Gracias a su gran porosidad (45 %), es fácil de tallar. En algunos lugares el tránsito de vehículos ha erosionado los caminos hasta dejarlos a doce metros de profundidad. En las provincias de Henan, Shanxi, Shaanxi y Gansu unos diez millones de personas residen en viviendas excavadas en loess.

Estas fotografías muestran poblados con un diseño extremadamente austero, por no decir abstracto, cerca de Tungkwan (Henan). Los oscuros rectángulos de esos llanos paisajes son pozos de unos cien metros cuadrados o del tamaño de una pista de tenis. Sus paredes tienen de siete a nueve metros de profundidad. Unas escaleras en forma de ele conducen a las casas subterráneas, cuyas habitaciones miden unos nueve metros de largo por unos cinco de ancho, con otros



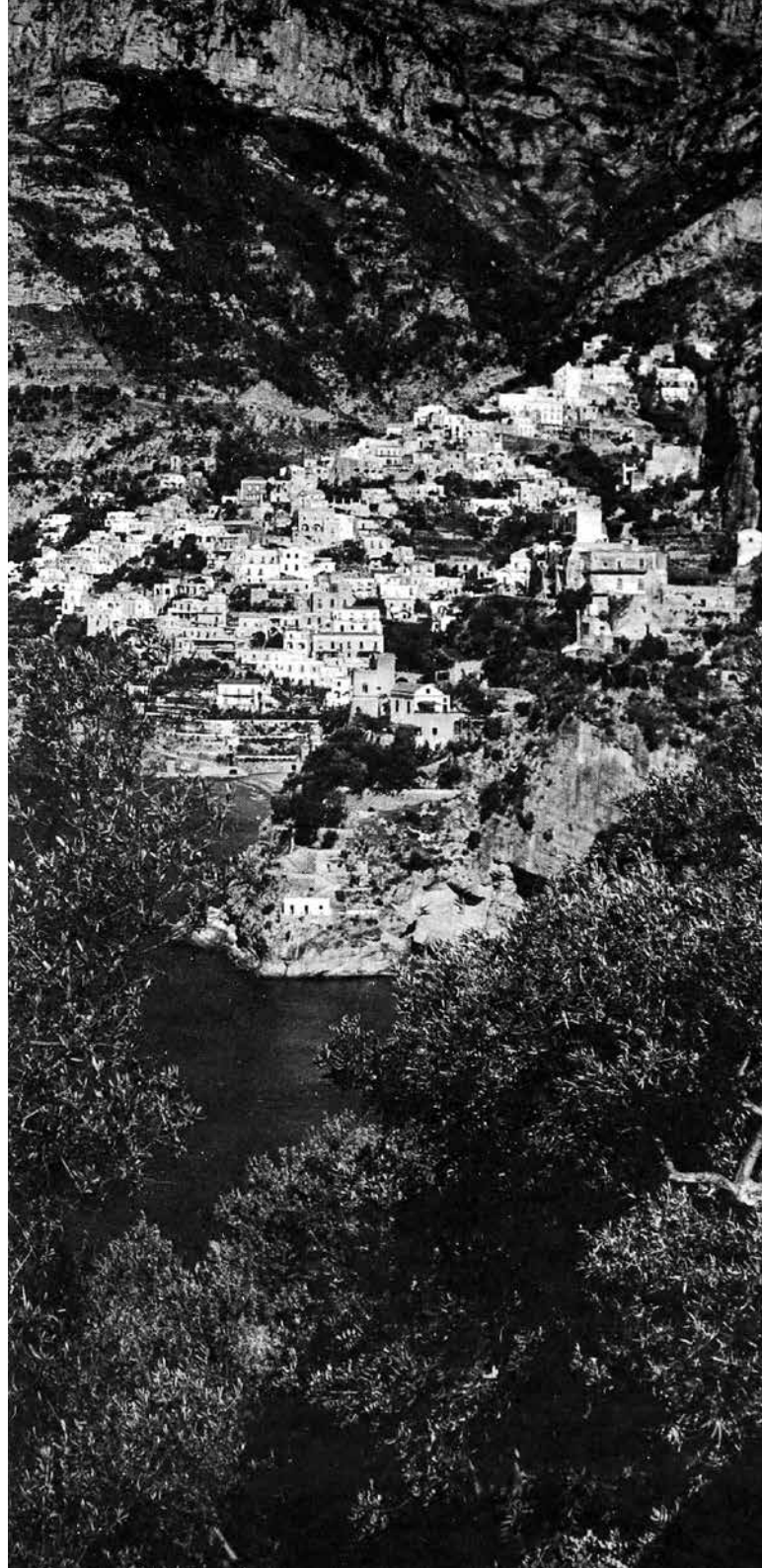


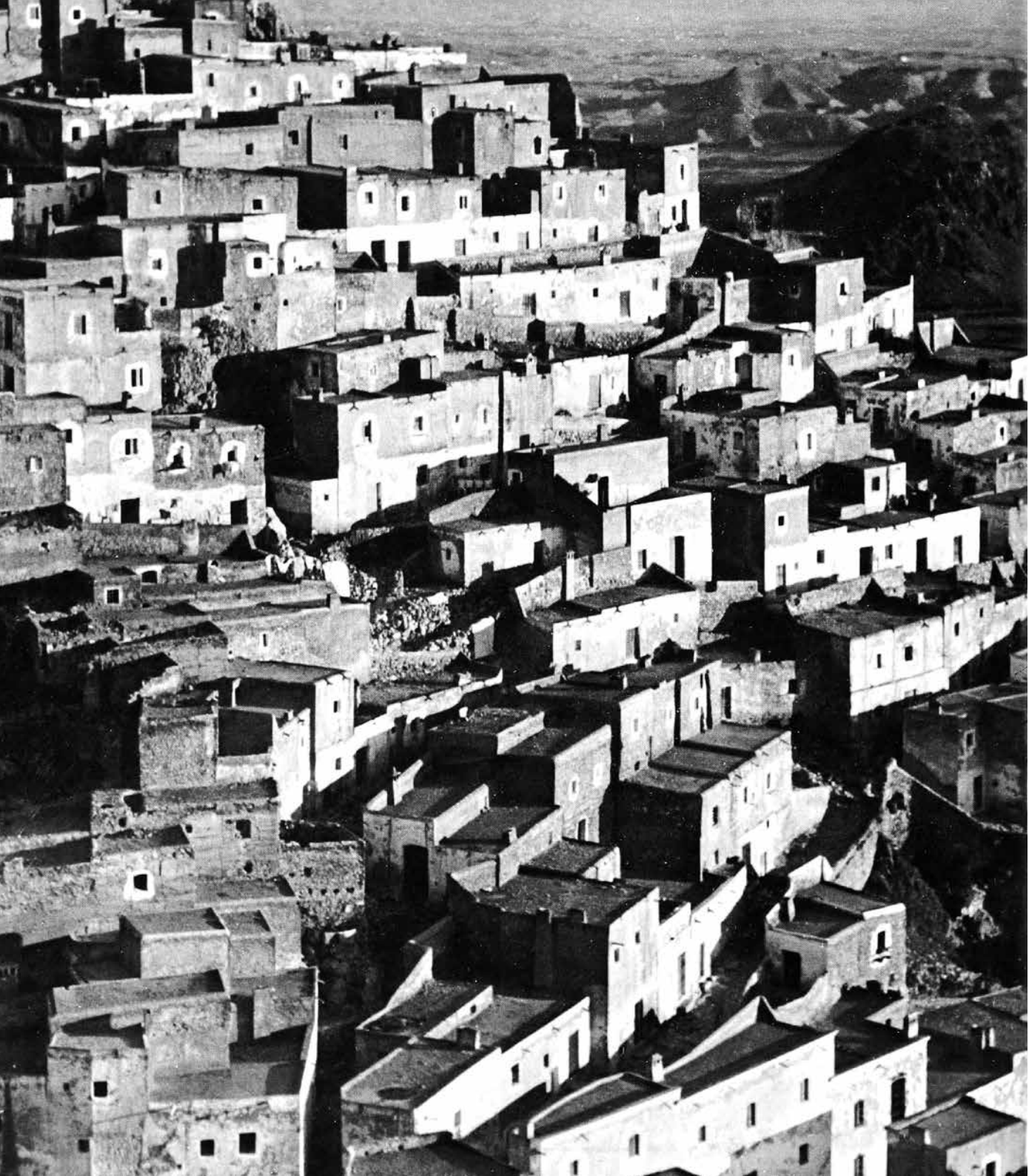
PUEBLOS DE LAS COLINAS DE ITALIA

La sola idea de que el moderno ser humano pudiera vivir en comunidades tan anacrónicas como estas resultaría absurda, de no ser porque cada vez son más los habitantes de ciudades que las eligen como refugio. A las personas que todavía no han acabado siendo meros apéndices de los automóviles les parecen una fuente de juventud.

En pocos años, Positano (*derecha*) pasó de ser un pequeño pueblo pesquero —fue un importante puerto hace unos quinientos años— a convertirse en un complejo turístico de lujo en el que no se ha destruido la arquitectura local.

Izquierda: Anticoli Corrado, en los montes Sabinos, cerca de Roma.





MODÉLICO PUEBLO EN UNA COLINA

Mojácar, en la provincia de Almería, fue uno de los pueblos más espectaculares de España hasta que lo descubrió el turismo. Las casas que aparecen en las fotografías se derribaron, o se están derribando, para construir aparcamientos, hoteles, apartamentos y villas diseñadas con falso estilo vernáculo.

Abajo: Vista panorámica de Mojácar. El Mediterráneo aparece en la parte superior derecha.

Izquierda: Primer plano del pueblo.

